

Carlos Aguirre y Ricardo D. Salvatore
Editores

BIBLIOTECAS Y CULTURA LETRADA EN AMÉRICA LATINA

Siglos XIX y XX



Capítulo 6



BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ

Centro Bibliográfico Nacional

027.08 B Bibliotecas y cultura letrada en América Latina : siglos XIX y XX / Carlos Aguirre y Ricardo D. Salvatore, editores.-- 1a ed.-- Lima : Pontificia Universidad Católica, Fondo Editorial, 2018 (Lima : Tarea Asociación Gráfica Educativa).

364 p. : il., facsím. ; 24 cm.

Ensayos del coloquio "Bibliotecas de las Américas: poder, capital cultural y circulación de conocimientos, 1800-2000", realizado en la Universidad Torcuato di Tella (Buenos Aires, Argentina) el 19 y 20 de agosto de 2014.

Incluye bibliografías.

Contenido: Bibliotecas y formación del Estado-Nación -- Bibliotecas y cultura letrada -- Bibliotecas, museos y prácticas científicas y culturales -- Bibliotecas, movilización política y proyectos revolucionarios.

D.L. 2018-07060

ISBN 978-612-317-364-7

1. Bibliotecas - América Latina - Historia - Siglos XIX-XX 2. Bibliotecas públicas - América Latina - Siglos XIX-XX 3. Bibliotecas privadas - América Latina - Siglos XIX-XX 4. Bibliotecas y sociedad - América Latina 5. América Latina - Vida intelectual - Siglos XIX-XX I. Aguirre, Carlos, 1958-, editor II. Salvatore, Ricardo D, editor III. Pontificia Universidad Católica del Perú

BNP: 2018-127

Bibliotecas y cultura letrada en América Latina

Siglos XIX y XX

Carlos Aguirre y Ricardo D. Salvatore, editores

© Carlos Aguirre y Ricardo D. Salvatore, editores, 2018

De esta edición:

© Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2018

Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú

feditor@pucp.edu.pe

www.fondoeditorial.pucp.edu.pe

Diseño, diagramación, corrección de estilo
y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Fotografía de carátula: Interior of the Real Gabinete Português de Leitura in Rio de Janeiro, Brazil. <https://www.flickr.com/photos/uwephilly/3301983/>

Primera edición: junio de 2018

Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio,
total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2018-07060

ISBN: 978-612-317-364-7

Registro del Proyecto Editorial: 31501361800481

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

VICENTE QUESADA, LA BIBLIOTECA PÚBLICA DE BUENOS AIRES Y LA CONSTRUCCIÓN DE UN ESPACIO PARA LA PRÁCTICA Y SOCIABILIDAD DE LOS LETRADOS

Pablo Buchbinder

LOS INICIOS DE LA BIBLIOTECA PÚBLICA DE BUENOS AIRES

En 1893 Paul Groussac publicó un breve opúsculo en el que sintetizó la historia de la Biblioteca Nacional, en ese entonces bajo su dirección. El relato de Groussac (1967) mostraba dos aspectos salientes de la evolución de la institución. El primero de ellos era la debilidad que había arrastrado el proyecto de conformación de una amplia biblioteca pública para la ciudad de Buenos Aires, al menos hasta la década de 1870. El segundo era el vínculo que unía los orígenes de la biblioteca con las propuestas de extensión de la instrucción popular.

La Biblioteca Pública, creada por la Junta Gubernativa de las provincias del Río de la Plata el 7 de setiembre de 1810 por iniciativa de su secretario, Mariano Moreno, había crecido durante sus primeros años fundamentalmente gracias a donaciones de figuras reconocidas de la sociedad porteña, dueños, a su vez, de frondosas bibliotecas privadas. La antigua biblioteca del obispo Manuel Azamor y Ramírez y las de José Luis Chorroarín, Manuel Belgrano, la esposa de Manuel de Labardén, el doctor Julián Segundo de Agüero y el protomédico Miguel O. Gorman habían constituido el grueso del patrimonio sobre el que se había conformado la institución. En este marco, la acción de los gobiernos y funcionarios estatales había permanecido en un discreto segundo plano (Sabor Riera, 1974, p. 39)¹.

¹ Según María Angeles Sabor Riera (1974), la Biblioteca Pública se formó con fondos que habían pertenecido al obispo Manuel Azamor y Ramírez, a los jesuitas expulsados de Córdoba y a los conspiradores ejecutados en Córdoba a mediados de 1810, junto a algunas donaciones menores. Coincide con Groussac en señalar que su patrimonio original no superaba los 4000 volúmenes. A finales de la década de 1820 llegaba a 20 000, pero al finalizar el gobierno de Rosas había descendido a unos 15 000.

Groussac procuraba llamar la atención sobre las dificultades que la empresa de construcción de la Biblioteca Pública había experimentado, sobre todo desde la década de 1820. Subrayaba así que, según el registro estadístico de 1823, el número de volúmenes ascendía a 17 229, gracias al impulso otorgado por Bernardino Rivadavia cuando se desempeñaba como ministro de Gobierno de la provincia. Se trataba de un patrimonio bibliográfico considerable, sobre todo si se tiene en cuenta que había sido conformado en base al esfuerzo particular. Además, según el registro del establecimiento, durante ese mismo año habían concurrido a su recinto 3284 lectores para llevar a cabo consultas de diverso tipo. Sorprendentemente, treinta años después, el número de volúmenes llegaba recién a 20 104 y la asistencia no superaba aún los 3000 lectores al año. A pesar de todo, esta situación conllevaba una notable mejora con respecto a los años inmediatamente anteriores.

Con cierto tono crítico, Groussac se refirió también a los primeros directores de la biblioteca. En ellos destacó la ausencia de preocupaciones genuinas por el desarrollo de la institución que dirigían y, en algún caso, el escaso celo con que habían desempeñado sus tareas más allá de cierta valoración marginal de sus méritos y carreras políticas. Sus argumentos dejaban entrever también la falta de preparación específica de estos funcionarios. En este marco, un caso particular y distinto era el de Vicente Quesada, quien, con un largo intervalo de casi dos años, dirigió la Biblioteca Pública entre 1871 y 1879.

En su relato, Groussac hacía notar también un rasgo peculiar del mundo de los letrados porteños de la segunda mitad del siglo XIX: la existencia de nutridas bibliotecas privadas. La debilidad y pobreza de la biblioteca pública de la ciudad contrastaba con la existencia de patrimonios bibliográficos particulares muy importantes. Algunos de ellos estaban provistos de un número de volúmenes que les permitía competir con las existencias de aquella. La condición de hombre de letras en el Buenos Aires de mediados del siglo XIX se confundía con la de bibliófilo o coleccionista. Figuras destacadas de la política porteña eran reconocidas y consultadas a menudo a causa de la riqueza y variedad de sus bibliotecas privadas, construidas, en algunos casos, a lo largo de más de una generación. Las bibliotecas del canónigo Saturnino Segurola o de Pedro de Angelis eran famosas como lo sería tiempo más tarde la de Bartolomé Mitre, que llegaría a principios del siglo XX a los 40 000 volúmenes. Otra biblioteca importante fue la de Juan María Gutiérrez, quien había heredado un cuantioso patrimonio bibliográfico de su padre, Juan Matías Gutiérrez, un español asentado en el Río de la Plata que había mantenido una de las tertulias más concurridas del Buenos Aires de los primeros años del siglo XIX y era objeto de frecuentes visitas de particulares interesados en el estudio de diversos aspectos del pasado rioplatense.

BIBLIOTECAS PRIVADAS, BIBLIÓFILOS Y CIRCULACIÓN DE LIBROS

Los circuitos privados de venta, acopio, préstamo y colección de libros reconocen orígenes coloniales y crecieron a lo largo del siglo XIX con una vitalidad que contrastaba con la de la Biblioteca Pública. Su desarrollo fue extensamente estudiado, entre otros autores, por Domingo Buonocuore, en varios textos publicados entre las décadas de 1940 y 1970 (véase especialmente 1968, 1974). El comercio de libros era habitual ya a finales del periodo colonial. Formaba parte entonces de la actividad de casas importadoras dedicadas a diferentes rubros. Buonocuore (1945) ha señalado la presencia de figuras como José de Silva y Aguiar, conocido en Buenos Aires y Montevideo por dedicarse a este oficio en aquella época. También puede advertirse a través de sus textos cómo se fue construyendo un primer vínculo entre los coleccionistas y los mercaderes de libros: en 1803 el comerciante José Dantas recibió la más importante biblioteca porteña de aquel entonces, la de Juan Baltasar Maziel, para su venta al público. También era conocida entre la élite burocrática la existencia de ricas bibliotecas privadas como la de Julián de Leyva, síndico del Cabildo, o la de Joaquín de Araujo. El naturalista Félix de Azara consultó asiduamente la del primero para escribir algunos pasajes de sus informes.

Por otra parte, en 1826 ya había cinco librerías en Buenos Aires, pero su función no se limitaba al comercio sino que algunas también operaban como lugar de acceso a los libros a cambio de una cuota mensual. Además, eran sitios de tertulia y encuentro entre los estudiosos. El caso más conocido es, sin duda, el de la librería de Marcos Sastre, conocida como «Librería Argentina». Había sido fundada en 1833 y en 1835 se conformó en su espacio un gabinete de lectura que permitía el préstamo de libros a domicilio. En 1836 se creó allí el Salón Literario, lugar de reunión que se convirtió tiempo después en espacio de encuentro de opositores a Rosas, lo que provocó su cierre. Las existencias de la librería fueron luego subastadas y pasaron a manos privadas. Algunos ejemplares fueron comprados por un inmigrante francés de apellido Lucien, que abrió poco tiempo después otra casa de venta de libros.

En aquellos años también se conformaron, como destacamos, varias bibliotecas privadas que serían célebres posteriormente. Las más importantes eran efectivamente las de Saturnino Seguro y Pedro de Angelis, cuyo catálogo circulaba habitualmente entre los letrados. Las formas y mecanismos de constitución de las bibliotecas privadas han sido objeto de estudios parciales, aunque desde perspectivas excesivamente descriptivas. Cabe señalar que el análisis de los procesos de conformación de bibliotecas privadas exige un examen previo de la constitución de amplias redes de vínculos entre eruditos y letrados que excedían el espacio rioplatense. Exilios y viajes habían permitido tejer relaciones estrechas que hicieron posible posteriormente no solo el intercambio y la confrontación de ideas sino

también la circulación de libros, impresos y copias y originales de documentos. En el caso específico de los documentos históricos, la proximidad temporal con los sucesos sobre los cuales se escribieron las primeras obras sobre el pasado rioplatense, unida a la relación familiar entre historiadores e historiados, provocaba que gran parte de la documentación que debía consultarse para escribir los primeros relatos sobre los nuevos Estados se encontrase en repositorios particulares. Como los libros, los documentos circulaban también a través de esta extensa y tupida red de relaciones personales.

Josefa Sabor (1995) analizó el modo en que Pedro de Angelis construyó su biblioteca y su colección de documentos. Las formas fueron diversas: compras, canjes, copias, donaciones y quizás también robos. La base de su biblioteca eran los libros que transportó desde Europa. Ya en Buenos Aires mantuvo vínculos con varias librerías europeas en las que solía adquirir ejemplares a cambio de sumas cuantiosas: «Tengo cuentas y recibos de mis libreros de Londres y París que importan lo que me hubiera alcanzado a poblar una estancia» (citado en Sabor, 1995, p. 163). Al mismo tiempo solía comprar libros y documentos, sobre todo a viudas y familiares directos de los propietarios originales que requerían con urgencia el dinero. Sabor ha descrito la manera en que se hizo de los documentos relacionados con el Tratado de Límites de 1777 entre España y Portugal. Algunos se los compró a antiguos funcionarios que habían participado en la demarcación de límites y de otros obtuvo permiso para hacer copias. Los libros y documentos históricos eran objetos que ingresaban así en un activo intercambio. De Angelis los canjeaba periódicamente, los ofrecía en garantía por préstamos y los cedía cuando no podía pagar por fondos recibidos. Sabor ha destacado también que, en 1829, hizo un ofrecimiento de servicios al Gobierno de la Banda Oriental. En este marco, solicitó un adelanto para atender a sus deudas y gastos que propuso fuese abonado la mitad en libros y la otra a partir de descuentos de su futuro salario (Sabor, 1995, p. 169).

De Angelis llegó a tener la biblioteca más importante del Río de la Plata a mediados del siglo XIX. La mayor parte de ella, en particular sus documentos, fue adquirida por el Imperio del Brasil, en gran medida por el fracaso de las gestiones efectuadas ante Justo José de Urquiza para que los libros permaneciesen en el país. Otra parte importante se subastó en Buenos Aires y fueron Bartolomé Mitre, Manuel Trelles, Juan María Gutiérrez y Andrés Lamas quienes se repartieron la mayor proporción de los volúmenes que De Angelis, caído en desgracia después del derrocamiento de Rosas, se vio obligado a vender. Un episodio curioso que muestra una de las facetas del itinerario de circulación de los libros es el vinculado con la obra de Juan Eusebio Nieremberg, *De la diferencia entre lo temporal y eterno*, un codiciado ejemplar impreso en las misiones jesuíticas en 1705. De Angelis le encargó a un prestigioso librero porteño en 1856 que lo vendiese. Rafael Trelles lo

adquirió y generó así el enojo de Bartolomé Mitre, quien intentó, infructuosamente, comprárselo primero al propio Trelles y más tarde a sus descendientes (Buonocuore, 1968, p. 41).

Los volúmenes editados de la correspondencia política, histórica y literaria de Bartolomé Mitre (1912a) permiten una primera aproximación tanto a las modalidades de construcción de su biblioteca privada como al uso que hacía de ella. Sus exilios le habían permitido conocer personalmente a figuras destacadas de la vida pública chilena, como Diego Barros Arana y Benjamín Vicuña Mackenna, y de la uruguayaya, como Andrés Lamas. De todas formas esta correspondencia, a diferencia del caso de Angelis, no revela tanto el papel decisivo de las compras en la construcción de la biblioteca sino, fundamentalmente, el de las redes de cooperación e intercambio. Son especialmente interesantes en este sentido las cartas cruzadas a lo largo de periodos de más de veinte años con los personajes arriba mencionados, sobre todo con los dos primeros. Se trata de una correspondencia que mezcla aspectos relativos a críticas de borradores o textos publicados y opiniones sobre aspectos literarios o históricos con perspectivas propias de coleccionistas interesados por los libros como objetos suntuarios. En este sentido, la correspondencia revela vínculos de cooperación y amistad, pero también de competencia en relación con la búsqueda y adquisición de volúmenes. La reputación de las bibliotecas privadas de cada uno de estos personajes se unía estrechamente a su prestigio como hombres de letras.

Las referencias a las búsquedas y a la relación con archivos y bibliotecas públicas son escasas, pero probablemente también mucho más episódicas en Mitre que en Barros Arana y Vicuña Mackenna. En general, las fuentes de información para las tareas literarias e históricas encaradas por Mitre, y en alguna medida menor por las otras figuras mencionadas, remitían al examen de catálogos de bibliotecas particulares o de librerías comerciales. Estas prácticas encontraban antecedentes en la primera mitad del siglo, pero fueron reforzadas probablemente por la ausencia de un sistema sólido y extendido de bibliotecas y archivos públicos. En la correspondencia circula información sobre hallazgos de ejemplares raros, sobre existencias en librerías de distintas ciudades y también sobre precios de libros. Además, se anuncian canjes frecuentes y aparece el complejo desafío conjunto vinculado con la construcción de bibliotecas americanas.

La principal riqueza de estas bibliotecas privadas estaba relacionada, así, con los diversos materiales —libros, documentos, folletos, periódicos— referidos a la geografía y sobre todo a la historia americana. Tanto las bibliotecas privadas como luego las públicas diferenciaban claramente su sección de libros americanos. La conformación de bibliotecas americanas, entonces, constituía una empresa en la que estaban involucrados letrados, literatos e historiadores de distintos países de Sudamérica. Era una aspiración de Mitre, pero también de Andrés Lamas, de Diego

Barros Arana, de Benjamín Vicuña Mackenna y de los hermanos Amunátegui. Las búsquedas en librerías que llevaban a cabo durante sus viajes a Europa y la indagación en distintos catálogos estaban dirigidas sobre todo a la búsqueda de materiales sobre América Latina. Además, se definían a sí mismos como americanistas. La construcción de colecciones de libros americanos era considerada uno de los modos en que los «ingenios hispanoamericanos» podían auxiliarse recíprocamente y, por otra parte, era fundamental para que se fortaleciese el sentimiento de la patria común (Amunátegui, 1912, XXI, pp. 123-124). Finalmente, debe destacarse que el cónsul argentino en Valparaíso, Gregorio Beéche, intermediario entre chilenos y argentinos, cumplió un papel particular en la configuración de esta red entre los historiadores y en la circulación de los materiales «americanos» (Arrieta, 1941).

Por otro lado, la relación entre patrimonio público y privado en lo que respecta a la posesión, circulación y transferencia de libros conforma una cuestión compleja que merecería un análisis con mayor profundidad del que podemos ofrecer aquí. Quienes participaban de esta red de intercambios privados eran al mismo tiempo funcionarios públicos de primera importancia. Es posible observar, con los matices que tiene la distinción entre público y privado para la época, ciertas tensiones entre las responsabilidades públicas y la pasión por el coleccionismo. Una fuente interesante para observar esta tensión es la correspondencia entre Mitre y Vicuña Mackenna relativa a las gestiones que hizo este último para desprenderse de una parte importante de su biblioteca personal. A principios de la década de 1860, Benjamín Vicuña Mackenna vendió parte de su biblioteca a la Universidad de Chile. Luego hizo gestiones para vender otra porción al Estado peruano, pero como estas se demoraban ofreció los libros sobrantes de la sección americana a Mitre, en tiempos en que este era presidente de Argentina. La intención de Vicuña Mackenna (1912[1863]) era que la colección «no se diseminase entre particulares», sino que conservase su cuerpo «siendo adquirida por un establecimiento público». Por eso, le comunicaba a Mitre que «si el Gobierno Argentino tuviese inclinación a adquirir en el todo o parte de esos libros, yo no tendría embarazo alguno en darle la preferencia». Esto le permitiría, le señalaba Vicuña a Mitre, dotar adecuadamente a la Biblioteca Pública de Buenos Aires, «que en 1855 era en extremo deficiente en libros americanos». Como un gesto de deferencia, le aclaraba que si él estuviese personalmente interesado en algún volumen en particular para su biblioteca personal, no tendría problema en cedérselo en calidad de obsequio.

Mitre examinó el catálogo y observó efectivamente que había en él muchas obras que no estaban en la Biblioteca Pública de Buenos Aires. Sin embargo, no era posible aceptar la propuesta, «pues nuestro estado financiero es al presente muy difícil». Pero Mitre se refería a la situación del Estado, no a la suya propia. Por eso le anunció que, a través de Gregorio Beéche, le haría llegar la lista de aquellos «con

que deseo aumentar mi biblioteca». Sin embargo, declinaba el ofrecimiento de recibirlos en carácter de obsequio: «no es justo que abuse de su desprendimiento, tan en armonía con su carácter y modo de ser» (Mitre, 1912b, pp. 20-22).

Otro ámbito central que permitía el acceso a los libros en el Buenos Aires de mediados del siglo XIX estaba conformado por la ya mencionada red de librerías. Como señalamos, había una estrecha relación entre el coleccionismo, el comercio y la impresión de los libros, tal como puede advertirse en el caso de la figura del impresor Carlos Casavalle (Piccirilli, 1942). En 1834 había seis librerías y cuatro imprentas en la ciudad. Cuando Rosas cayó, se abrió una etapa de rápido crecimiento y multiplicación de este tipo de establecimientos. Hacia 1855 las librerías ya sumaban once (Sabor Riera, 1974, p. 75)². Por otra parte, su faceta comercial constituía solo una dimensión de funciones más amplias y complejas, como había sucedido en el caso de la antigua librería de Marcos Sastre. El aumento del número de librerías desde principios de la década de 1850 debe comprenderse, al mismo tiempo, en el contexto del movimiento asociacionista propio del Buenos Aires de aquellos tiempos. Como ha señalado Pilar González Bernaldo (2010, pp. 253-254), esos años presenciaron el crecimiento de una gran ola asociacionista que se expresó no solo a partir del aumento del número de asociaciones sino también de la intensidad de los encuentros. De esta manera, cobraron vitalidad las entidades culturales ubicadas en el centro de la ciudad. El circuito de sociabilidad cultural incluía a los clubes sociales como el del Progreso, a la universidad, a organismos como el Ateneo del Plata o el Liceo Literario —que, como afirma González Bernaldo, estaban destinados a ocupar el lugar de las inexistentes instituciones científicas del Estado— y también a las librerías. Estos eran espacios fundamentales de encuentro y sociabilidad para todos aquellos preocupados por la producción cultural, literaria e histórica. La de Casavalle era uno de los lugares centrales de tertulia y encuentro de los hombres de letras. Mitre, Quesada y Navarro Viola eran habitués del lugar. Casavalle había sido en la década de 1850 editor de la *Revista del Paraná*, un intento efímero impulsado por Vicente Quesada de construir una publicación periódica cultural en el extremadamente turbulento y conflictivo espacio de la Confederación

² Señala también Sabor Riera (1974) que en vísperas de la caída de Rosas, aparte de la Biblioteca Pública, el otro establecimiento que permitía acceso a los impresos era la Sala de Comercio de Buenos Aires, utilizada fundamentalmente para la consulta de periódicos. Por otra parte, el censo de 1887 ya registraba la existencia de 98 librerías en Buenos Aires. Debe tenerse en cuenta también, de todos modos, que luego de la caída de Rosas se conformaron otras bibliotecas públicas. Estas crecieron lentamente, sin llegar a competir abiertamente con las privadas. Nos referimos la biblioteca de la Universidad de Buenos Aires —fundada en 1862 y distribuida entre sus facultades en 1885—, la de la Sociedad Rural (1866), la de la Sociedad Científica Argentina (1872), la de la Unión Industrial (1875) y la del Círculo Militar (1881).

Argentina. Su colección de manuscritos originales, que superaba las 4700 piezas, era conocida y consultada habitualmente por los interesados en la reconstrucción de la historia argentina (Buchbinder, 1995).

VICENTE QUESADA Y LA BIBLIOTECA PÚBLICA

La relación entre el espacio público y el privado es uno de los aspectos centrales de este análisis. Cabe destacar, en este sentido, que los esfuerzos por conformar ámbitos públicos que permitiesen a los eruditos contar con espacios de sociabilidad al margen de los círculos informales y privados que hemos descrito constituyó una preocupación de figuras destacadas del mundo político y cultural porteño. Estos proyectos comenzaron a tomar impulso, aunque lentamente y con dificultades, recién en la segunda mitad del siglo XIX, con el fin de las guerras civiles y ante el crecimiento de una estructura estatal que consiguió superar las consecuencias de la discontinuidad institucional y administrativa propia de la primera mitad del siglo.

En 1854 Bartolomé Mitre impulsó, en el marco del entonces estado de Buenos Aires, la creación del Instituto Histórico-Geográfico, similar al que existía en Montevideo y tomando como ejemplo, sobre todo, al de Río de Janeiro. Su inauguración tuvo lugar en la misma Biblioteca Pública el 3 de setiembre de ese año. La idea de Mitre era conformar una asociación científica y literaria, «un teatro para la inteligencia, una tribuna para la libre emisión del pensamiento científico y literario y un centro para los hombres de ciencias, artes y letras». Creía Mitre que el instituto proporcionaría a todos los hombres de «inteligencia» un «campo neutral» para descansar de la agitada vida pública (Mitre, 1959, p. 100). Según su reglamento, debería formarse en su ámbito una biblioteca, un archivo, una colección de mapas y un museo de antigüedades. Una vez fundado, se incorporó el instituto al ámbito público, pero finalmente se disolvió entre 1859 y 1860 sin llegar a cumplir sus funciones.

Un intento similar se registró por esos mismos años en Paraná y lo protagonizó Vicente Quesada. Quesada provenía de una familia porteña perteneciente a los círculos «distinguidos» pero con escasos recursos. Finalizó sus estudios universitarios de Derecho a principios de la década de 1850 y se incorporó a los círculos urquicistas luego de la batalla de Caseros. Sus intentos por llevar a cabo una carrera política se vieron frustrados en gran medida por su incapacidad para adaptarse al tono popular y plebeyo que la vida pública adquirió en la ciudad con posterioridad a la caída de Rosas. Sus destrezas intelectuales no le permitieron obtener el lugar al que se consideraba destinado, lo que lo llevó a un largo periplo por el interior y el litoral argentino y también a construir una visión profundamente crítica de la política

argentina, a la que acusaba justamente de ser excesivamente facciosa y huérfana de ideas y proyectos de transformación institucional.

Quesada estableció un vínculo estrecho con el entonces gobernador de la provincia de Corrientes, Juan Pujol. Cuando este fue nombrado ministro del Interior de la Confederación Argentina con sede en Paraná, designó a Quesada en un alto cargo en su ministerio. Quesada aprovechó esa posición para impulsar la creación de un instituto histórico de la Confederación Argentina que debía reunir no solo material histórico sino también geográfico y estadístico. El propósito central residía, nuevamente, en organizar un ámbito de sociabilidad para los estudiosos en el ámbito estatal. Se trataba de impulsar sobre todo los estudios en esa disciplina y configurar un archivo con documentación proveniente de distintas provincias. La caída de la confederación terminó con su proyecto, pero Quesada no se dio por vencido. Así, en 1863, ya radicado en Buenos Aires, fundó con propósitos similares, junto con Miguel Navarro Viola, la *Revista de Buenos Aires*, a la que concibió en principio como una publicación especialmente dedicada a los estudios históricos (Buchbinder, 2012, pp. 79-98). Quesada también esperaba que la revista cumpliera la función de articular esfuerzos de escritores, letrados y aficionados a la historia de diferentes lugares de Sudamérica. De esta forma, sus intentos por conformar ámbitos de sociabilidad pública se comprenden en un contexto en el que estos llevaban una existencia extremadamente precaria. Fueron estas circunstancias las que provocaron que la labor de los letrados se desarrollara, como ya hemos descrito, en base a esta extensa y tupida red de relaciones particulares en la que circulaban libros e incluso documentos originales. Las relaciones personales y las afinidades políticas seguían cumpliendo aquí un papel fundamental.

En este marco, signado por el intento de superar la debilidad de las instituciones públicas, deben comprenderse los esfuerzos de Vicente Quesada al frente de la Biblioteca Pública de la Provincia de Buenos Aires durante gran parte de la década de 1870. Sus antecedentes al frente de las revistas de *Paraná* y *Buenos Aires* hicieron posible que en 1871 fuese designado director de aquella. Abandonaría el puesto en 1879 para asumir como ministro en el gabinete provincial, pero desde su nuevo cargo siguió ocupándose de la biblioteca. Justamente en 1879 elevó un ambicioso proyecto de reorganización que abarcaba diferentes facetas de su estructura. Es probable que el proyecto fuese resultado de varios años de trabajo, de sus ideas sobre las relaciones entre el ejercicio de las letras y la política y sobre todo del examen riguroso del funcionamiento de las bibliotecas públicas europeas. En 1873 había obtenido permiso para viajar a Europa y examinar el funcionamiento de las bibliotecas del viejo mundo con el propósito de proponer reformas para el organismo que estaba bajo su dirección. En 1877, producto de

ese largo periplo, publicó *Las bibliotecas de Europa y algunas de la América Latina* (1877) y, posteriormente, un proyecto para reorganizar la biblioteca (1879).

Es probable, entonces, que el viaje llevado a cabo entre 1873 y 1874 al viejo continente y en el que recorrió varias de sus principales bibliotecas le permitiera fortalecer algunas de sus ideas sobre la futura organización de la institución. Quesada tomó nota de la complejidad que conllevaba gobernar una biblioteca: había que prestar atención a la distribución y estado de los edificios y a la organización de los espacios para el cuidado y preservación de los libros. Dedicó un apartado especial a los catálogos, pues de su buen método dependía en cada biblioteca «el fácil y pronto servicio de sus libros» (Quesada, 1877, p. 217). El catálogo debía estar bien confeccionado y «bien llevado» —es decir actualizado periódicamente—, y tenía que estar permanentemente a disposición de los lectores. Otro apartado estuvo dedicado a la formación de los bibliotecarios, aspecto esencial para el correcto desenvolvimiento de cada institución. El contraste entre la situación de las principales bibliotecas europeas y la de Buenos Aires era notable. En Buenos Aires, el reclutamiento de los empleados no buscaba el saber y la competencia, ya que el sueldo era «mera ayuda de costas». Se podía entonces, al mismo tiempo, «ejercer una profesión liberal y ser director de una biblioteca» (Quesada, 1877, p. 75).

Pero quizás lo más significativo de sus observaciones radicó en su perspectiva sobre la función de la biblioteca, que estaba ligada más a la guarda y a la conservación de los libros que a su difusión. En este marco situaba sus reflexiones sobre el préstamo bibliotecario: «algunos ignorantes se imaginan que la liberalidad consiste en prestar sin criterio, sin preocuparse de guardar». La mayor actividad de los empleados debía dirigirse a asegurar el «uso venidero» de los libros. En este sentido, rescataba particularmente el ejemplo alemán donde las bibliotecas eran «para los estudiosos, no para los haraganes: se forman para ilustrar y no para cobijar en los días fríos del invierno, en salas abrigadas, a los desocupados y a los inútiles» (Quesada, 1877, p. 350).

Un aspecto fundamental de la propuesta de Quesada residía en la intención de reservar el uso de la biblioteca pública de la ciudad a los estudiosos. Concebía a la institución como un lugar privilegiado para la sociabilidad de estos últimos y espacio fundamental para impulsar el desarrollo y cultivo de las disciplinas humanísticas. A través de su cargo, Quesada aspiraba a incidir de manera decisiva en la difusión de una auténtica cultura científica en la sociedad argentina. La biblioteca debía contribuir a consolidar el espacio dedicado a las actividades específicamente culturales, en el sentido general del término. Por ello era preciso conformar un nuevo sistema de clasificación e incrementar sobre todo el número de volúmenes americanos. Pero para cumplir con este último objetivo era indispensable no solo el aporte particular a través de donaciones sino también la acción del Estado.

Por otro lado, entendía que el papel de la biblioteca era central en la constitución de la imagen pública de la Argentina, ya que era la institución destinada a la difusión de los libros nacionales, tarea que debería realizarse a través del canje. Por eso, uno de sus principales objetivos al frente de la institución fue también la organización de una red oficial para el intercambio de publicaciones, para lo cual apeló a la ayuda de los embajadores en diferentes países (Etchepareborda, 2004-2005, pp. 13-135; González, 2010, pp. 76-79). Así, el fortalecimiento de instituciones como las bibliotecas públicas se relacionaba además, y de manera estrecha, con la creación y desenvolvimiento de los vínculos diplomáticos. Estos, para ser verdaderamente fructíferos, debían estar mediados por un mutuo conocimiento de las ideas y culturas que informaban a los grupos dirigentes.

En su ya mencionada propuesta, Quesada postuló una reorganización integral de la biblioteca. Allí abordó cuestiones relacionadas con las características del edificio, los procedimientos para autorizar el ingreso y permanencia de lectores, la disposición de la sala de lectura y las formas de conservación de libros y folletos. También trató el viejo problema de la calificación de los empleados y señaló como requisito para ocupar puestos en la institución el dominio de lenguas modernas y antiguas. Sugirió dividir las existencias de la biblioteca en cinco secciones y armar los catálogos sobre esa base. Pero probablemente el aspecto central de su argumento se centraba en la diferenciación entre la Biblioteca Pública y las bibliotecas populares. La primera no podía, bajo ningún aspecto, asimilarse a estas últimas. El papel de la Biblioteca Pública consistía en la conservación de libros, manuscritos y mapas destinados solo al uso de los estudiosos. Las colecciones científicas no podían ser diseminadas a través del préstamo como aquellas que se conformaban para la difusión y lectura popular. Las estadísticas de las que disponía reafirmaban su idea y le permitían advertir que quienes acudían a la biblioteca lo hacían con el objetivo de perfeccionar sus estudios y progresar en los conocimientos, no con fines de esparcimiento. Eran esos mismos criterios los que presidieron la incorporación de nuevos volúmenes en la etapa en que se desempeñó como director. Así, el aumento principal correspondía a libros de ciencias, derecho, historia y literatura.

La gestión de Quesada, que con diversas interrupciones se prolongó hasta 1879, impulsó cambios sustantivos en el estado de la biblioteca. Uno de ellos estuvo vinculado efectivamente con el aumento sustantivo del número de volúmenes. Según Groussac, el inventario realizado en 1871, al iniciarse la dirección de Quesada, constataba la existencia de 18 176 volúmenes. Al finalizar esta, se habían incorporado 9176 ejemplares, al margen de los periódicos que constituían los principales materiales de consulta (Groussac, 1967). En la *Memoria* del año 1877 que presentaron los empleados de la institución Nicolás Massa y Ernesto Quesada—hijo de Vicente— se adjuntaban otros datos significativos que permiten

advertir las transformaciones experimentadas durante estos años. Uno de ellos era el aumento significativo del número de lectores, que llegaba casi a treinta por día laboral. No se trataba de todos modos de un número elevado teniendo en cuenta la población de la ciudad, que superaba por entonces los 180 000 habitantes. El número se incrementaría, se señalaba en la *Memoria*, con la ampliación de la sala de lectura, una de las principales acciones que había impulsado Quesada. Con esta ampliación, el número de sitios para los lectores pasaría de 20 a 56. La nueva sala tendría 15,43 metros de largo, 7,22 de ancho y 12 de altura para los estantes (Massa & Quesada, 1877, p. 71).

Pero el proyecto de ampliación de la biblioteca se demoró por problemas presupuestarios de la provincia de Buenos Aires y la nueva sala de lectura se inauguró recién a principios de la década de 1880. En este sentido, probablemente la dificultad principal de los proyectos de Quesada residía en cómo comprometer a quienes tenían responsabilidades institucionales en una empresa cultural de esas características. En sus memorias, criticó con insistencia la indiferencia de los gobernantes en relación con este tipo de iniciativas. Además, ellas también encontraron detractores de peso. La polémica que entabló con Domingo F. Sarmiento poco tiempo después de la publicación de su libro sobre las bibliotecas europeas expresó con claridad las oposiciones que en el mundo político y cultural porteño encontraban sus proyectos sobre la institución que dirigía. La polémica estaba centrada en el tipo de biblioteca cuyo desarrollo y expansión debía priorizar el Estado. Para Sarmiento, el modelo propuesto por Quesada era objetable por su limitada proyección social. Desde su perspectiva, eran cuestionables los elevados gastos que demandaría una empresa de esa naturaleza. Quesada, según Sarmiento, se proponía construir bibliotecas «para sabios que no existen». El expresidente de la República consideraba que se trataba de un modelo que no era ni útil ni aplicable a las necesidades del país (Sarmiento, 1956, pp. 41-49).

Para Sarmiento, era mucho más conveniente inspirarse en la práctica norteamericana de crear pequeñas bibliotecas en cada centro poblado. Estas brindarían un servicio fundamental a la causa de la extensión de la instrucción pública. Las bibliotecas eran pensadas entonces en el marco de un programa más amplio destinado a fortalecer el proceso de incorporación de la población a la educación primaria. En este contexto, Sarmiento formulaba una serie de consideraciones relevantes en torno al préstamo de libros que, desde su perspectiva, era un factor central en el proceso de construcción de las bibliotecas modernas, pero que Quesada insistía en prohibir. Aquí residía entonces la diferencia sustantiva entre la Biblioteca Pública y las bibliotecas populares. Los esfuerzos por crear instituciones como estas últimas tuvieron un eco significativo en esos mismos años y lograron un respaldo público relevante cuando, en setiembre de 1870, se promulgó la ley

419 de protección de bibliotecas populares que hubiesen sido fundadas por las iniciativas de vecinos. Como ha destacado Graciela Batticuore (2010), Sarmiento apostaba por la lectura como un instrumento de progreso y, en este contexto, su preocupación central radicaba en impulsar su práctica entre sectores sociales muy diversos y no solo entre las élites. En consecuencia, no compartía las ideas de Quesada, que apuntaban a limitar la circulación de los libros. La movilidad de estos era, desde la perspectiva de Sarmiento, fundamental en la construcción de una sociedad moderna.

La cuestión del préstamo conformó así uno de los ejes de las controversias en las que se vio envuelto Quesada durante su gestión al frente de la biblioteca. Javier Planas (2011) ha destacado que en la década de 1870 la Comisión Protectora de las Bibliotecas Populares impulsó decididamente la práctica del préstamo bibliotecario a domicilio. Subrayó así cómo desde el boletín que editaba dicha asociación se cuestionó el reglamento «restrictivo e inquisitorial» de la Biblioteca Pública de la provincia. Debe tenerse presente que la prohibición del préstamo a domicilio era consistente, por otra parte, con la idea, arraigada ya en tiempos de fundación de la biblioteca, de que su función no residía solo en estimular el aprendizaje y el estudio sino también en asegurar la conservación de los libros. Las disposiciones defendidas por Quesada, en este sentido, recuperaban dimensiones de las primeras normativas de la biblioteca. Alejandro Parada (2002, p. 247) ha destacado cómo el reglamento que sancionó en 1872 señalaba taxativamente que no podría salir de la biblioteca libro alguno bajo ningún pretexto ni motivo y que la misma conducta debía observarse en relación con los manuscritos; los miembros del gobierno debían ser los principales observadores de dichas disposiciones.

Según Planas (2011), los responsables de la biblioteca en la década de 1870 seguían orientados por las ideas bibliotecológicas de la Ilustración que dominaban entre los hombres de la Revolución y cuyo principal objetivo no radicaba en la difusión del conocimiento sino en el uso académico de los libros. El pensamiento de Quesada se inscribía entonces en esta tradición en la que la preocupación principal no era el número de lectores sino fundamentalmente garantizar que el uso de los fondos bibliográficos estuviese orientado a estudios serios e investigaciones científicas. Como ha señalado Planas, las autoridades de la Biblioteca Pública fueron cuestionadas por llevar a cabo una inadecuada política bibliotecaria. Precisamente, el énfasis en la circulación de los libros, por contraposición a su uso restringido, era lo que generaba los cuestionamientos (Planas, 2011).

La propuesta de Quesada debe comprenderse en el contexto de una serie de esfuerzos por conformar un espacio específico para la práctica de las disciplinas humanísticas que superase la dependencia del patrimonio y las colecciones privadas. Pero también deben insertarse en una serie de intentos, ya reseñados aquí,

por conformar espacios para las actividades culturales y que signaban su trayectoria desde varias décadas atrás. La biblioteca de la provincia era concebida, así, como el lugar que permitiría a los estudiosos independizarse de los conflictos de la vida política. Podría señalarse, entonces, que su propuesta bibliotecológica tenía como propósito central incidir en la consolidación de una élite científica independiente de la política (Sabor Riera, 1974).

La urgencia por construir instituciones de estas características se comprendía así en un marco en el que esa independencia no podía ser garantizada ni por el mercado editorial o de bienes culturales ni por la prensa periódica: el primero por su falta de densidad y su carácter incipiente y la segunda porque tampoco ofrecía autonomía en relación con la política, sino que participaba de manera estructural del carácter faccioso de esta.

En estas condiciones el papel del Estado, a través de la Biblioteca Pública, era fundamental, ya que era el único agente capaz de generar los marcos de autonomía en que debía desenvolverse la práctica de las letras. La gestión al frente de la biblioteca se insertaba así en una serie de esfuerzos de más largo plazo tendientes a separar las trayectorias de los letrados y de las élites políticas y resolver las tensiones entre estas y el espacio sociopolítico en su conjunto. Quebrar este vínculo, que provenía de los tiempos coloniales, constituyó una preocupación de Quesada que, en alguna medida, derivaba de su propio fracaso en el intento de convertirse en un líder político de envergadura. Esa experiencia lo había llevado a optar por la práctica de las letras y la diplomacia. Su gestión en la biblioteca se enmarca en estas iniciativas, que habían comenzado a través de la dirección de revistas culturales como la *Revista del Paraná* y continuarían en la década de 1880 con la *Nueva Revista de Buenos Aires*. Su proyecto estaba orientado entonces a resolver dimensiones centrales de las prácticas culturales de las élites. En este sentido, también el problema de la circulación de los libros —que preocupaba a Sarmiento como a muchos de sus contemporáneos— permanece en un muy segundo plano en sus reflexiones y proyectos.

CONCLUSIONES

Quesada abandonó su actividad pública en la Argentina en 1883 e inició una larga carrera diplomática. En sus *Memorias diplomáticas*, recordando sus empresas culturales, manifestó en repetidas oportunidades sus quejas por la falta de compromiso de los gobernantes (Quesada, 1908, p. 381). Refiriéndose a la *Revista de Buenos Aires*, la publicación periódica que había dirigido en la década de 1860, destacó el esfuerzo que había conllevado su sostenimiento y señaló que, a pesar de no ser una publicación onerosa, no había logrado un número suficiente de suscriptores

para poder sobrevivir. También recordó su época como embajador en Brasil y la falta de iniciativa de Mitre para revitalizar al Instituto Histórico y Geográfico del Río de la Plata, y resaltó la diferencia con aquel país, cuyo emperador estaba activamente comprometido con su Instituto Histórico y Geográfico. Pero en sus intentos Quesada tropezó no solamente con la indiferencia de los gobiernos, sino también con la oposición de figuras públicas como Sarmiento, que defendían un modelo de desarrollo de bibliotecas opuesto al que propiciaba.

La actividad diplomática lo fue alejando de su papel de constructor de instituciones culturales en el ámbito público. Él mismo fue un gran bibliófilo y su biblioteca particular, cuya formación había iniciado preocupado sobre todo por la adquisición de textos jurídicos, pasó luego a manos de su hijo, también un destacado jurista y académico. Su idea era que la biblioteca que ambos habían construido a lo largo de casi setenta años, y que contaba con cerca de 70 000 volúmenes poco antes de su muerte en 1913, pasase a ser parte de un instituto en el ámbito de la Universidad de Buenos Aires. Así lo dejó establecido en su testamento (Quesada, 1915, pp. 31-34). Sin embargo, la demora de las autoridades universitarias en gestionar la cesión provocó que su hijo Ernesto la cediese al Estado prusiano a cambio de una pensión vitalicia. Con ella y otros dos legados se conformó luego la biblioteca del Instituto Iberoamericano de Berlín.

La debilidad del aparato público cultural, en el que se comprende también el lento desarrollo del sistema de bibliotecas públicas, fue, en gran medida, una derivación del derrotero del sistema institucional, administrativo y burocrático de la Argentina. A la vez, el desenvolvimiento de este sistema estaba condicionado por la inestabilidad política producto de las guerras civiles y los enfrentamientos facciosos propios de la política rioplatense. Esta debilidad provocó que las formas de sociabilidad de los letrados dependiesen durante un periodo muy prolongado de circuitos privados e informales en los que se combinaban redes de intercambio y circuitos de comercialización de libros y documentos muy restringidos. La tendencia hacia la construcción de grandes bibliotecas privadas era un fenómeno cuyos orígenes databan de los últimos años de la colonia pero, indudablemente, se fortaleció ante las dificultades para constituir instituciones públicas de envergadura que conservasen, administrasen y facilitasen a los estudiosos el acceso a los libros y los documentos.

A lo largo de su vida, Vicente Quesada estuvo involucrado en el intento de crear un espacio para hombres de letras, historiadores y científicos, desvinculados del papel de orientadores generales de la vida pública. Su propósito consistía en estimular la creación de instituciones que posibilitasen enunciar un discurso que no estuviese vinculado directamente a la política y a la administración del Estado. Le otorgaba a la sociabilidad entre los escritores un papel central en el progreso

cultural y también en las relaciones diplomáticas que debían, desde su perspectiva, estar precedidas por los vínculos culturales. Por eso, en definitiva, procuraba romper la dependencia de los hombres de letras con respecto a los vínculos informales y privados de los que él mismo era tributario.

La creación de auténticas profesiones intelectuales exigía la necesaria separación de la política. Este objetivo podía lograrse a partir de la conformación de un mercado integrado por suscriptores y compradores de libros, pero en los años centrales del siglo XIX este tenía aún una densidad insuficiente para asegurar la independencia de los escritores. En consecuencia, el papel del Estado, a través de instituciones como la Biblioteca Pública, sería fundamental, ya que contribuiría a asegurar la libertad de los hombres de letras. Fue recién gracias al proceso de consolidación del Estado, la creciente prosperidad económica que signó a la Argentina de los últimos años del siglo XIX y la designación de Paul Groussac al frente de la Biblioteca Nacional que se comenzó a superar la debilidad intrínseca que mostraron las instituciones culturales públicas del siglo XIX. De este modo, se cumplieron, aunque sin duda muy parcialmente, los proyectos de Vicente Quesada.

BIBLIOGRAFÍA

- Amunátegui, Luis (1912[1876]). Carta del 1 de agosto de 1876 a Bartolomé Mitre. En Bartolomé Mitre, *Archivo del General Mitre, Tomo XXI* (pp. 123-124). Buenos Aires: Biblioteca de la Nación.
- Arrieta, Rafael (1941). *Gregorio Beéche y los bibliógrafos americanistas de Chile y del Plata*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata.
- Batticuore, Graciela (2010). Libros, bibliotecas y lectores en las encrucijadas del progreso. En Alejandra Laera (dir.), *El brote de los géneros*. Buenos Aires: Emecé.
- Buonocuore, Domingo (1968). *Libros y bibliófilos durante la época de Rosas*. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba.
- Buonocuore, Domingo (1974). *Libreros, editores e impresores de Buenos Aires*. Buenos Aires: Bowker.
- Buchbinder, Pablo (1995). Vínculos privados, instituciones públicas y reglas profesionales en los orígenes de la historiografía argentina. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana E. Ravignani*, 13, 59-82.
- Buchbinder, Pablo (2012). *Los Quesada: letras, ciencias y política en Argentina. 1850-1934*. Buenos Aires: Edhasa.
- Etchepareborda, María (2004-2005). Presencia de los Quesada en la Biblioteca Pública de Buenos Aires. *La Biblioteca*, 1, 13-135.

- González, Horacio (2010). *Historia de la Biblioteca Nacional. Estado de una polémica*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional.
- González Bernaldo, Pilar (2010). *Civilidad y política en los orígenes de la nación argentina. Las sociabilidades en Buenos Aires, 1829-1862*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Groussac, Paul (1967 [1893]). *Historia de la Biblioteca Nacional*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional.
- Massa, Nicolás & Ernesto Quesada (1877). *Memoria de la Biblioteca Pública de Buenos Aires correspondiente a 1877*. Buenos Aires: Imprenta de la Penitenciaría.
- Mitre, Bartolomé (1912a). *Archivo del General Mitre*, Tomos XX, XXI y XXII. Buenos Aires: Biblioteca de La Nación.
- Mitre, Bartolomé (1912b [1864]). Carta de Bartolomé Mitre a Benjamín Vicuña Mackenna del 17 de enero de 1864. En Bartolomé Mitre, *Archivo del General Mitre* (XXI, pp. 20-22). Buenos Aires: Biblioteca de La Nación.
- Mitre, Bartolomé (1959 [1854]). Instituto Histórico y Geográfico. Discurso pronunciado en la Biblioteca Pública con el objeto de promover a la asociación. En Bartolomé Mitre, *Obras Completas*, tomo 16. Buenos Aires: Academia Nacional de la Historia.
- Parada, Alejandro (2002). *De la Biblioteca particular a la Biblioteca Pública*. Buenos Aires: Errejotapé y Roberto Plaza.
- Piccirilli, Ricardo (1942). *Carlos Casavalle: Impresor, bibliófilo*. Buenos Aires: Manuel Suárez.
- Planas, Javier (2011). La esencia de una biblioteca popular. Una polémica sobre los lectores y las modalidades de acceso a la lectura. En *Actas de las Segundas Jornadas de Intercambios y Reflexiones acerca de la Investigación en Bibliotecología* (pp. 23-26). La Plata: Universidad Nacional de La Plata.
- Quesada, Vicente (1877). *Las bibliotecas europeas y algunas de la América Latina*. Buenos Aires: Imprenta y Librería de Mayo.
- Quesada, Vicente (1879). *La Biblioteca Pública de Buenos Aires. Proyecto de reorganización*. Buenos Aires: Biedma.
- Quesada, Vicente (1908). *Mis memorias diplomáticas. Misión ante el gobierno del Brasil*. Buenos Aires: Coni Hermanos.
- Quesada, Vicente (1915). El testamento del Dr. Vicente Quesada. En *Historia Colonial Argentina*. Buenos Aires: La Cultura Argentina.
- Sabor, Josefa Emilia (1995). *Pedro de Angelis y los orígenes de la bibliografía argentina*. Buenos Aires: Solar.

- Sabor Riera, María Angeles (1974). *Contribución al estudio histórico del desarrollo de los servicios bibliotecarios en la Argentina en el siglo XIX*, Tomo I. Resistencia: Universidad Nacional del Nordeste.
- Sarmiento, Domingo, F. (1956 [1877]). Bibliotecas europeas y algunas de la América Latina. En *Obras Completas de Sarmiento* (XLVII, pp. 41-49). Buenos Aires: Luz del Día.
- Vicuña Mackenna, Benjamin (1912[1863]). Carta a Bartolomé Mitre del 28 de diciembre de 1863. En Bartolomé Mitre, *Archivo del General Mitre* (XXI, pp. 16-20). Buenos Aires: Biblioteca de La Nación.